

EDUCACIÓN INFANTIL Y DESARROLLO SOCIOEMOCIONAL EN COLOMBIA

Diana Patricia Benavides Garcés¹

nanabega04@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-8168-4574>

**Instituto Técnico Ambiental
de Yopal, Casanare.**
Colombia

Lyda Yaneth Rodríguez²

limiroar@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-4097-2149>

**Instituto Técnico Ambiental
de Yopal, Casanare.**
Colombia

Lixa Milena Rojas Arenas³

lydaro22@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-3023-8777>

**Instituto Técnico Ambiental
de Yopal, Casanare.**
Colombia

Recibido 17/02/2026

Aprobado: 25/02/2026

RESUMEN

La educación infantil en Colombia desempeña un papel fundamental en el desarrollo socioemocional de los niños, ya que esta etapa es crucial para sentar las bases de habilidades sociales, emocionales y cognitivas que acompañarán su crecimiento integral. En el país, la política educativa ha reconocido la importancia de promover ambientes que favorezcan la formación emocional desde los primeros años, integrando enfoques

¹ Licenciada en Educación Preescolar y Promoción a la familia de la Universidad Santo Tomas, Magister en Recursos Educativos Digitales Aplicados a la Educación por la Universidad de Cartagena. Actualmente laboro en el Instituto Técnico Ambiental de Yopal - Casanare - Colombia. Línea de Investigación: Psicología

² Licenciada en Educación Física, Recreación y Deportes por la UPTC de Tunja. Magister en Gestión de la Informática Educativa por la UDES Santander. Actualmente vinculada como docente con la Secretaría de Educación Municipal en el Instituto Técnico Ambiental San Mateo de Yopal, Casanare - Colombia. Línea de Investigación: Psicología

³ Licenciada en educación con énfasis en Humanidades, Magister en Educación de la Universidad de la Salle. Docente de la secretaria de Educación Municipal de Yopal (Colombia). Línea de Investigación: Psicología

pedagógicos que priorizan la atención a las emociones, la empatía y la regulación emocional. Por tal motivo, el presente ensayo asume como objetivo general reflexionar como la educación infantil promueve el desarrollo socioemocional en Colombia desde el estudio pertinente de fuentes teóricas como se realizó en el escrito. Como hallazgo se precisa que, En Colombia, los programas de educación infantil están diseñados para fortalecer competencias socioemocionales mediante actividades lúdicas, juegos cooperativos y prácticas pedagógicas inclusivas. La pedagogía en esta etapa busca promover habilidades como la autoestima, la autonomía, la empatía y la resolución pacífica de conflictos. Además, se reconoce que el entorno familiar y comunitario tiene un impacto directo en el desarrollo emocional del niño; por ello, las instituciones educativas trabajan en articulación con las familias y organizaciones sociales para crear redes de apoyo que favorezcan un crecimiento emocional saludable.

Palabras clave: Educación, desarrollo socioemocional, primera infancia.

EARLY CHILDHOOD EDUCATION AND SOCIO-EMOTIONAL DEVELOPMENT IN COLOMBIA

ABSTRACT

Early childhood education in Colombia plays a fundamental role in children's socio-emotional development, as this stage is crucial for laying the foundation for social, emotional, and cognitive skills that will support their overall growth. In the country, educational policy has recognized the importance of promoting environments that foster emotional development from the earliest years, integrating pedagogical approaches that prioritize attention to emotions, empathy, and emotional regulation. For this reason, this essay's general objective is to analyze how early childhood education promotes socio-emotional development in Colombia. It is clear that in Colombia, early childhood education programs are designed to strengthen socio-emotional competencies through recreational activities, cooperative games, and inclusive pedagogical practices. Pedagogy at this stage seeks to promote skills such as self-esteem, autonomy, empathy, and peaceful conflict resolution. Furthermore, it is recognized that the family and community environment has a direct impact on a child's emotional development. Therefore, educational institutions work in conjunction with families and social organizations to create support networks that promote healthy emotional growth.

Keywords: Education, socio-emotional development, early childhood.

DESARROLLO

La educación socioemocional tiene como objetivo principal que los individuos puedan reconocer y comprender sus propias emociones, así como las de quienes los rodean. Este proceso implica desarrollar habilidades para gestionar de manera asertiva las respuestas emocionales, promoviendo la autorregulación emocional. Al aprender a controlar sus sentimientos, las personas pueden evitar reacciones impulsivas que puedan dañar sus relaciones interpersonales. Además, esta competencia favorece la construcción de vínculos más sólidos y empáticos, facilitando una convivencia armoniosa en diferentes contextos sociales y educativos. La educación socioemocional, por tanto, no solo busca el bienestar individual, sino también mejorar la calidad de las relaciones sociales en general.

Desde la perspectiva relacional de la Sociología de la emoción, este proceso adquiere un sentido profundo en el marco de las interacciones sociales. Las emociones no se experimentan en aislamiento; por el contrario, se generan y expresan en relación con otros individuos y en función de fenómenos sociales específicos. La sociología entiende que las emociones son construcciones sociales que emergen en contextos particulares y que cumplen funciones importantes en la dinámica social. Por ello, el reconocimiento y gestión emocional están estrechamente ligados a cómo los individuos interpretan y responden a las situaciones sociales en las que participan. En tal sentido, Bisquerra (2003) plantea que:

La educación socioemocional tiene como propósito el reconocimiento de las emociones propias y de los demás, así como la gestión asertiva de las respuestas a partir de una adecuada autorregulación, lo que favorece las relaciones sociales e interpersonales, además de la colaboración con otros. Desde la perspectiva relacional de la Sociología de la emoción este proceso cobra sentido en las relaciones sociales precisamente (p. 89).

En este enfoque relacional, las emociones se convierten en un lenguaje social que expresa sentimientos compartidos o divergentes dentro de un grupo o comunidad. La forma en que una persona expresa su sentir puede influir en la percepción que los demás tienen de ella y en cómo se establecen o fortalecen los vínculos sociales. La expresión emocional adecuada puede facilitar la colaboración y el entendimiento mutuo, mientras que una expresión inadecuada puede generar conflictos o malentendidos. Así, el control emocional y la empatía son fundamentales para mantener relaciones saludables y constructivas.

Asimismo, la sociología señala que las emociones están vinculadas a fenómenos sociales más amplios como normas culturales, roles sociales e instituciones. Por ejemplo, ciertas expresiones emocionales pueden ser socialmente aceptadas o rechazadas dependiendo del contexto cultural o del momento histórico. En este sentido, la educación socioemocional ayuda a los individuos a navegar estas expectativas sociales, permitiéndoles expresar sus sentimientos de manera apropiada según las circunstancias sociales específicas. Esto contribuye a una mayor integración social y al fortalecimiento del tejido comunitario.

El proceso de autorregulación emocional también tiene implicaciones importantes en fenómenos colectivos como movimientos sociales o manifestaciones públicas. Las emociones compartidas pueden movilizar a grupos enteros hacia acciones colectivas o resistencia frente a injusticias sociales. Desde esta perspectiva sociológica, entender cómo se sienten y expresan los individuos en diferentes situaciones permite comprender mejor los fenómenos sociales complejos. La educación socioemocional facilita que las personas gestionen sus sentimientos para participar activamente en estos procesos sin perder el control ni generar conflictos innecesarios.

La educación socioemocional tiene como propósito el reconocimiento de las emociones propias y de los demás, así como la gestión asertiva de las respuestas a partir de una adecuada autorregulación, lo que favorece las relaciones sociales e interpersonales, además de la colaboración con otros. Este enfoque busca desarrollar habilidades para identificar estados afectivos, comprender causas y consecuencias, y expresar emociones de forma constructiva, evitando respuestas impulsivas que dificulten la convivencia. Implica practicar la empatía, la escucha activa y la comunicación asertiva, promoviendo un clima escolar favorable y un aprendizaje más autónomo y responsable. La autorregulación se convierte en un recurso para gestionar la frustración, el estrés y los conflictos, facilitando la toma de decisiones reflexiva. En este marco, la educación emocional no es un añadido, sino una competencia transversal que interviene en todas las áreas de la vida educativa.

Desde la perspectiva relacional de la Sociología de la emoción, este proceso cobra sentido en las relaciones sociales precisamente, en el sentir de los individuos y en la expresión de este sentir en determinadas situaciones o fenómenos sociales, en las interacciones con los demás. Las emociones no se producen aisladas, sino que se construyen en contextos culturales y normativos que regulan lo que es apropiado expresar y cómo responder ante determinadas provocaciones. Las prácticas emocionales de docentes, estudiantes y familias configuran expectativas sobre la adecuación de las emociones y sus manifestaciones, afectando la cohesión y la pertenencia al grupo. En este marco, la emoción se entiende como recurso social que facilita o frena la acción colectiva y la cooperación.

La sociología de la emoción subraya que la regulación emocional no solo regula estados internos, sino que orienta conductas y rituales de interacción. En la escuela, gestos, miradas, silencios y palabras actúan como señales que modulan la participación, el apoyo entre pares y la resolución de conflictos. La educación socioemocional, por tanto, debe atender a estas dinámicas afectivas para promover ambientes inclusivos y democráticos, donde cada voz pueda expresarse sin miedo al juicio. La construcción de normas emocionales compartidas fortalece la confianza y la reciprocidad, pilares de la colaboración educativa y comunitaria. Este enfoque reconoce la diversidad de trayectorias afectivas y la necesidad de acompañamiento sensible a diferencias culturales y personales.

La implementación de programas de educación socioemocional implica diseñar experiencias pedagógicas que integren conocimiento emocional, estrategias de regulación y oportunidades para practicar habilidades en situaciones reales. Esto implica talleres, tutorías, actividades de servicio comunitario y proyectos colaborativos que exijan coordinación y negociación entre estudiantes y docentes. La evaluación debe contemplar indicadores de competencia emocional, como la autoconciencia, la regulación, la empatía y la cooperación, así como cambios en las relaciones interpersonales y en el clima institucional. Se requiere una mirada crítica que atienda desigualdades y estereotipos que pueden limitar la expresión emocional de ciertos grupos. La educación socioemocional, en definitiva, se propone como motor de convivencia equitativa y aprendizaje significativo.

Por tal motivo, Bisquerra (2003) considera que integrar la educación socioemocional desde una visión relacional implica reconocer que las emociones son parte fundamental del entramado social. No basta con trabajar solo aspectos individuales; es necesario entender cómo estas experiencias emocionales influyen en las relaciones interpersonales y en los fenómenos sociales más amplios. Fomentar habilidades para gestionar adecuadamente las emociones contribuye no solo al bienestar personal sino también a construir sociedades más empáticas, colaborativas y resilientes frente a los desafíos colectivos actuales.

la educación socioemocional, como proceso formativo, se enfoca en promover y practicar la inteligencia emocional y las habilidades que se consideran competencias

emocionales o blandas. Estas competencias incluyen aspectos como la empatía, la autorregulación, la comunicación efectiva y la resolución de conflictos, que tradicionalmente se atribuían a rasgos innatos de personalidad. Sin embargo, el autor destaca que, gracias a los avances en neurociencia, específicamente a la neuroplasticidad del cerebro, estas habilidades no son fijas ni inmutables; por el contrario, pueden ser desarrolladas y fortalecidas a través de estímulos adecuados. En tal sentido, García (2018) menciona que:

Como proceso formativo la educación socioemocional se centra en el desarrollo y la práctica de la inteligencia emocional y de las habilidades identificadas como competencias emocionales o competencias blandas, que si bien tradicionalmente han estado asociadas a los rasgos de personalidad de los individuos, hoy se sabe que gracias a la neuroplasticidad del cerebro, a estímulos positivos, estilos de crianza y ambientes protectores, dichas habilidades son educables o susceptibles de ser desarrolladas (p. 89).

La educación socioemocional, como proceso formativo, se posiciona en el desarrollo y la práctica de la inteligencia emocional, entendida como la capacidad para reconocer, comprender y gestionar nuestras propias emociones y las de los demás. Este enfoque enfatiza habilidades que van más allá de la mera experiencia afectiva, conectándolas con la regulación emocional, la empatía y la toma de decisiones responsable ante situaciones conflictivas o de interacción social. Aunque estas competencias han sido vinculadas históricamente a rasgos de personalidad, hoy se propone cultivarlas como capacidades que pueden aprenderse, entrenarse y evaluarse de manera deliberada dentro de contextos educativos.

En este marco, las competencias emocionales o blandas incluyen la autoconciencia, la autorregulación, la motivación intrínseca, la empatía y las habilidades sociales de comunicación y colaboración. Estas habilidades permiten a los estudiantes identificar sus estados afectivos, comprender su origen y reconocer su impacto en el comportamiento y en las relaciones con otros. La educación socioemocional busca traducir estas capacidades en prácticas concretas: manejo de estrés ante exámenes, resolución pacífica de conflictos y negociación de acuerdos en proyectos grupales.

Es relevante señalar que, si bien las competencias blandas se asocian a rasgos de personalidad, la educación las trata como repertorios dinámicos susceptibles de entrenamiento. Las experiencias escolares estructuradas –como debates, tutorías, tutorías entre pares y proyectos cooperativos– proporcionan contextos para practicar la regulación emocional, la escucha activa y la expresión asertiva. De este modo, se pretende reducir la brecha entre disposiciones temperamentales y respuestas conductuales efectivas en situaciones reales.

La formación en inteligencia emocional también implica desarrollar metacognición emocional: la capacidad de observar, analizar y ajustar las propias reacciones ante estímulos sociales. Este proceso facilita una mayor autonomía en la toma de decisiones y promueve un comportamiento social en actividades escolares y comunitarias. El objetivo es que los estudiantes no solo sientan emociones, sino que las gestionen de manera proactiva para favorecer su aprendizaje y su convivencia.

La neuroplasticidad permite que el cerebro cambie y adapte sus conexiones neuronales en respuesta a experiencias y aprendizajes positivos. Esto significa que, con intervenciones apropiadas en entornos educativos o familiares, las habilidades socioemocionales pueden ser enseñadas y mejoradas en cualquier etapa de la vida. La importancia de esto radica en que no se trata solo de una cuestión de rasgos de personalidad predeterminados, sino de capacidades susceptibles de formación mediante prácticas específicas y ambientes enriquecedores. Así, la educación socioemocional se convierte en una herramienta poderosa para potenciar el desarrollo integral del individuo.

García (2018) también señala que los estilos de crianza y los ambientes protectores juegan un papel fundamental en este proceso. Un entorno familiar o escolar que fomente la confianza, el apoyo emocional y la comunicación abierta favorece el aprendizaje y consolidación de competencias emocionales. Por ejemplo, niños y jóvenes expuestos a estímulos positivos y relaciones afectivas saludables tienen mayor probabilidad de adquirir habilidades como la empatía o la autorregulación emocional. Esto refuerza la idea de que el desarrollo socioemocional no es solo responsabilidad del individuo, sino también del contexto social en el que se encuentra.

Además, el autor enfatiza que estas habilidades son fundamentales para afrontar los desafíos sociales y laborales actuales. La capacidad para gestionar emociones propias y comprender las emociones ajenas facilita relaciones interpersonales más efectivas y colaborativas. En un mundo cada vez más complejo e interconectado, desarrollar competencias emocionales contribuye a mejorar tanto el bienestar personal

como el funcionamiento social colectivo. Por ello, integrar programas educativos centrados en estas habilidades resulta esencial para formar ciudadanos más resilientes y empáticos.

Desde esta perspectiva, García (2018) que invertir en educación socioemocional no solo implica enseñar contenidos académicos tradicionales sino también crear ambientes propicios para el aprendizaje emocional. La neuroplasticidad ofrece una base científica sólida para justificar intervenciones educativas dirigidas a fortalecer estas competencias desde temprana edad o incluso en etapas adultas. La clave está en diseñar estrategias pedagógicas que aprovechen esta plasticidad cerebral mediante actividades prácticas, experiencias significativas y estímulos positivos constantes.

En tal sentido, reafirma que las habilidades socioemocionales son educables gracias a los avances científicos sobre la neuroplasticidad cerebral. Esto abre nuevas posibilidades para transformar los enfoques pedagógicos tradicionales hacia modelos más integrales e inclusivos. La formación en competencias emocionales debe considerarse una inversión fundamental para promover sociedades más humanas, resilientes y preparadas para afrontar los retos del siglo XXI. La educación socioemocional deja así de ser una opción complementaria para convertirse en un componente esencial del proceso formativo integral del ser humano.

Por tal motivo, los procesos afectivos y emocionales a partir de sus investigaciones centradas en el desarrollo infantil, destacan la importancia de las primeras etapas de la vida en la formación de la personalidad. Para él, la fase postnatal

representa un período transitorio crucial en el que el niño comienza a experimentar cambios significativos que marcarán su crecimiento emocional y social. Durante este tiempo, el niño no solo desarrolla habilidades cognitivas, sino que también empieza a establecer vínculos afectivos con su entorno, lo cual es fundamental para su bienestar emocional y su integración social futura.

Este período se caracteriza por una forma peculiar de desarrollo que Vygotsky (1996) considera esencial para entender cómo se construyen las capacidades afectivas. En esta etapa, las emociones emergen con intensidad y comienzan a relacionarse con experiencias concretas, permitiendo al niño aprender a gestionar sus sentimientos en interacción con otros. La interacción social y las experiencias tempranas influyen profundamente en la formación de patrones emocionales que serán la base para su personalidad. Por ello, Vygotsky (1996) subraya que estos primeros años son determinantes para el desarrollo emocional integral del individuo. En tal sentido:

los procesos afectivos y emocionales empiezan son pieza clave en la estructuración de los procesos que dan paso al desarrollo infantil. Para él, la fase postnatal consiste en un periodo transitorio, donde el niño inicia algo nuevo para su vida y se caracteriza por una forma peculiar de desarrollo que contribuye a la formación de la personalidad (p. 146).

El autor también sostiene que, durante esta fase, los procesos afectivos no se desarrollan de manera aislada, sino en estrecha relación con los procesos cognitivos y sociales. La interacción con adultos y pares proporciona estímulos esenciales para que el niño aprenda a expresar, comprender y regular sus emociones. La calidad de estas

relaciones influye directamente en cómo el niño internaliza las experiencias emocionales y en la construcción de su identidad emocional. Así, el entorno social actúa como un mediador clave en la formación de las competencias afectivas.

Además, desde la perspectiva teórica asumida los sentimientos y emociones no solo son respuestas automáticas o innatas; están profundamente ligados a las actividades culturales y sociales del niño. La cultura, los valores familiares y las prácticas educativas contribuyen a moldear cómo el niño experimenta y expresa sus emociones. En este sentido, el proceso emocional es visto como un fenómeno socialmente mediado que evoluciona a través de interacciones significativas en contextos específicos. La educación temprana juega un papel fundamental en facilitar un desarrollo emocional saludable.

Por tal motivo, Vygotsky (1996) enfatiza que comprender estos procesos afectivos en la infancia permite diseñar mejores estrategias educativas y sociales para apoyar el desarrollo integral del niño. Reconocer la naturaleza transitoria pero formativa de esta etapa ayuda a valorar la importancia de crear ambientes seguros, estimulantes y afectuosos donde los niños puedan explorar sus sentimientos sin miedo o represión. De esta manera, se favorece una personalidad equilibrada capaz de afrontar desafíos futuros con resiliencia emocional.

Es por ello, que la fase postnatal es un período crucial donde los procesos afectivos emergen como parte integral del desarrollo infantil. Este tiempo transitorio marca una etapa única en la cual las experiencias emocionales contribuyen

significativamente a la formación de la personalidad. La interacción social y cultural durante estos primeros años es fundamental para construir bases sólidas en las habilidades emocionales del niño, sentando así las bases para su bienestar psicológico y social a largo plazo. En tal sentido, Vygotsky (1996) plantea que: “La existencia de estados emocionales agradables o desagradables se manifiesta ya en los primeros días de vida del niño, en la expresión de su rostro, la entonación de sus gritos, etc” (p. 281).

Es por ello, que los estados emocionales, ya sean agradables o desagradables, comienzan a manifestarse desde los primeros días de vida del niño. Estas expresiones iniciales se reflejan en aspectos visibles y perceptibles como la expresión facial, la entonación de sus gritos y otros comportamientos corporales. Desde esta perspectiva, las emociones no son fenómenos que surgen únicamente en etapas posteriores del desarrollo, sino que están presentes desde el inicio de la existencia del ser humano, constituyendo una parte fundamental de su experiencia temprana.

La manifestación temprana de las emociones indica que el niño ya experimenta sensaciones subjetivas que influyen en su interacción con el entorno. La expresión facial y vocal son canales primarios mediante los cuales el bebé comunica su estado emocional, permitiendo a los cuidadores interpretar sus necesidades y respuestas. Esto refuerza la idea de Vygotsky (1996) de que las emociones tienen un carácter social y comunicativo desde los primeros momentos, facilitando la interacción y el establecimiento de vínculos afectivos con quienes lo rodean.

Además, estas primeras manifestaciones emocionales cumplen una función adaptativa importante. Los estados agradables motivan conductas exploratorias y de acercamiento, mientras que los desagradables alertan sobre posibles peligros o incomodidades. La capacidad del bebé para expresar estos sentimientos ayuda a regular su relación con el medio ambiente y a recibir atención y cuidado adecuados. Por ello, Vygotsky (1996) subraya que la expresión emocional en los primeros días es esencial para el proceso de socialización y para la formación temprana de habilidades afectivas.

Desde una perspectiva sociocultural, estas expresiones iniciales también están influenciadas por las interacciones con los adultos. La forma en que los cuidadores responden a las expresiones del bebé puede reforzar o modificar sus reacciones emocionales futuras. La sensibilidad y empatía en estas respuestas contribuyen a que el niño aprenda a gestionar sus sentimientos y a desarrollar un repertorio emocional más complejo con el tiempo. Así, las primeras manifestaciones no solo reflejan estados internos sino también actúan como elementos mediadores en la construcción social de las emociones.

Es por ello, que se destaca que comprender cómo se manifiestan las emociones desde los primeros días permite apreciar la importancia del entorno en el desarrollo emocional del niño. La interacción temprana, caracterizada por respuestas afectuosas y atentas, favorece experiencias positivas que consolidan patrones emocionales saludables. Reconocer estas manifestaciones iniciales ayuda a promover ambientes

protectores donde el niño pueda explorar sus sentimientos sin miedo ni represión, sentando así bases sólidas para su bienestar psicológico futuro.

En tal sentido, Vygotsky (1996), plantea que las expresiones emocionales en los primeros días de vida son indicios claros de estados afectivos fundamentales para el desarrollo humano. La manifestación visible de estas emociones refleja una dimensión intrínseca del ser humano desde su nacimiento y desempeña un papel crucial en la interacción social temprana. Estas primeras expresiones constituyen un puente entre la experiencia interna del niño y su relación con el mundo exterior, siendo esenciales para su crecimiento emocional y social posterior.

Plantea que Valle (2024) plantea que: “Los aspectos emocionales y sociales desempeñan un papel crucial en la formación de habilidades para la vida, como la empatía, la resiliencia y la capacidad de establecer relaciones positivas” (p. 462). Esta mediación, que implica la participación activa de adultos, pares y el entorno cultural, es fundamental para que el niño acceda e internalice los símbolos, las normas, los valores y las prácticas propias de su cultura. La presencia del otro en este proceso no solo facilita la adquisición de conocimientos y habilidades, sino que también permite al niño construir significados compartidos y desarrollar su pensamiento abstracto.

Esta idea destaca una diferencia crucial entre el nacimiento biológico y el nacimiento cultural del ser humano. Mientras que el nacimiento biológico marca la llegada al mundo desde un punto de vista fisiológico, el nacimiento cultural se produce a través de las interacciones sociales y la mediación simbólica. Es decir, el niño no nace

con un conocimiento cultural preestablecido; más bien, lo adquiere y lo construye en relación con los otros y en contextos culturales específicos. La mediación social actúa como un puente que conecta la biología con la cultura, permitiendo al niño acceder a un mundo de significados compartidos.

Además, Valle (2024) enfatiza que este proceso de mediación es dinámico y activo. El niño no recibe pasivamente los contenidos culturales; en cambio, participa activamente en su construcción a través del diálogo, la imitación, el juego y otras formas de interacción social. Estas actividades le permiten internalizar herramientas cognitivas (como el lenguaje) y recursos culturales que le facilitan pensar, razonar y comprender su entorno desde una perspectiva simbólica. Desde esta perspectiva, la interacción con otros no solo es importante para aprender contenidos específicos sino también para desarrollar capacidades superiores como el pensamiento abstracto, la autorregulación emocional y la creatividad.

La mediación social se convierte así en un elemento central en el proceso de humanización del niño, ya que le permite acceder a un universo simbólico que trasciende su experiencia inmediata. Según Valle (2024), el desarrollo simbólico y cultural del niño está intrínsecamente ligado a la mediación del otro. Sin esta interacción social mediada por símbolos y significados compartidos, sería imposible para el niño acceder a las dimensiones culturales que constituyen su identidad y sus capacidades cognitivas superiores. La diferencia entre nacimiento biológico y cultural radica precisamente en

esta mediación activa que transforma al niño en un ser socialmente inserto y culturalmente competente.

Ahora bien, desde los primeros años de vida, la percepción y la afectividad en los niños experimentan transformaciones fundamentales a medida que comienzan a interactuar con su entorno. En esta etapa inicial, aunque no posee aún una comprensión plena del mundo que lo rodea, sino que percibe a través de sus sentidos y responde emocionalmente a las experiencias inmediatas. La relación con los otros, principalmente con sus cuidadores, es crucial en este proceso, ya que estos le proporcionan estímulos y significados que ayudan a organizar sus percepciones y emociones. La interacción social actúa como un mediador que facilita la construcción de una visión más coherente y emocionalmente significativa del entorno.

A medida que el niño empieza a apropiarse del mundo, sus expresiones y acciones dejan de ser meras reacciones automáticas para convertirse en formas de comunicación con sentido. Los otros, mediante gestos, palabras y gestos afectivos, interpretan estas expresiones y les asignan significado. Este proceso de atribución de sentido es esencial para que el niño comprenda su realidad y desarrolle una relación emocional más profunda con ella. La percepción se vuelve más selectiva y organizada, permitiendo al niño distinguir entre diferentes estímulos y responder de manera más adaptativa a las necesidades que surgen en su interacción cotidiana. Según Fass (2018):

los enfoques socioemocionales han surgido como elementos fundamentales para consolidar el bienestar infantil, reconociendo que la formación de habilidades emocionales y sociales desde temprana edad no solo impacta el rendimiento académico, sino que también establece los cimientos para una vida adulta saludable y equilibrada (p. 91).

Por tal motivo, el lenguaje simbólico desempeña un papel central en esta transformación. A través del lenguaje, los objetos, personas y sensaciones adquieren un significado que trasciende su presencia física inmediata. Por ejemplo, un objeto puede representar algo más allá de su función concreta o un gesto puede expresar una emoción compleja. El niño comienza a usar símbolos para representar aspectos del mundo social y físico, facilitando así la internalización de significados compartidos con los otros. Este proceso permite que las experiencias emocionales se integren en un marco cultural y social más amplio, enriqueciendo su percepción del entorno.

La apropiación del mundo social mediante el lenguaje simbólico también implica una internalización progresiva de las normas, valores y conocimientos culturales. El niño no solo interpreta lo que ve o siente en el momento presente; ahora puede recordar experiencias pasadas, imaginar situaciones futuras y planificar acciones. Esto amplía su capacidad para regular sus emociones y responder de manera más consciente a las necesidades tanto propias como ajenas. La interacción con los adultos y otros niños favorece esta internalización al ofrecer modelos de comportamiento y significado que el niño adopta gradualmente.

Asimismo, Fass (2018) considera que estas transformaciones en percepción y afectividad contribuyen al desarrollo de una identidad emocional más estable y diferenciada. Al comprender mejor sus sentimientos y los de los demás mediante el uso del lenguaje simbólico, el niño empieza a construir una base sólida para relaciones sociales saludables. La capacidad de dar nombre a sus emociones le permite gestionarlas con mayor eficacia, promoviendo un equilibrio emocional fundamental para su bienestar general. En este proceso, la mediación social continúa siendo clave para facilitar la integración de experiencias afectivas en su mundo interno.

Por tal motivo, la percepción y la afectividad pasan por cambios profundos impulsados por la interacción social y el desarrollo del lenguaje simbólico. Estas herramientas permiten al niño transformar estímulos sensoriales y emocionales en significados compartidos con su entorno cultural. Según Fass (2018) la apropiación del mundo social no solo enriquece su comprensión del entorno físico sino también fortalece su capacidad para gestionar sus emociones y establecer vínculos afectivos seguros. Así, el proceso evolutivo desde respuestas inmediatas hacia interpretaciones simbólicas marca un paso decisivo en la formación de su subjetividad y habilidades sociales futuras.

En tal sentido, la educación socioemocional, aunque actualmente se presenta como una innovación en el ámbito educativo, en realidad tiene raíces profundas en las culturas antiguas. Desde tiempos remotos, las emociones han sido consideradas aspectos fundamentales del carácter y la moralidad, estrechamente vinculadas con virtudes y vicios. En muchas tradiciones culturales, la tarea de la educación era

precisamente cultivar las virtudes emocionales, como la paciencia, la compasión y la serenidad, mientras que se buscaba contener o moderar los vicios emocionales como la ira, el miedo excesivo o la violencia. Este enfoque refleja una visión integral del ser humano donde las emociones no solo son reacciones internas sino también elementos que definen su carácter moral y social.

En las culturas orientales, especialmente en el taoísmo, esta concepción de la gestión emocional se expresa claramente. El taoísmo promovía una vida de calma y equilibrio interior, valorando la serenidad como un ideal fundamental para alcanzar una existencia armoniosa. La práctica de mantener la tranquilidad implicaba aprender a manejar las emociones negativas como la ira y el miedo mediante técnicas de contemplación y conexión con la naturaleza. La idea era que al alinearse con el Tao uno podía obtener sabiduría y paz interior. Este enfoque enfatizaba que las emociones perturbadoras debían ser entendidas y controladas para no perturbar la armonía personal y social. Según Álvarez (2020):

existe una inclinación hacia el fomento de habilidades socioemocionales tanto en estudiantes como en educadores. Se reconoce que la calidad de las interacciones entre profesores y alumnos desempeña un papel crucial en el desarrollo emocional y social de los estudiantes. La falta de atención a las necesidades afectivas y emocionales puede dar lugar a comportamientos problemáticos y tener un impacto negativo en el rendimiento académico. (p. 181).

Este principio de regulación emocional a través de prácticas contemplativas también implicaba aprender a aceptar y comprender las propias emociones en lugar de

reprimirlas. La introspección y la observación de los fenómenos naturales servían como medios para desarrollar una mayor conciencia emocional y espiritual. La filosofía taoísta sostenía que, al reconocer nuestras emociones negativas sin dejarse dominar por ellas, podíamos mantener un estado de equilibrio interno que favoreciera decisiones más sabias y acciones más pacíficas. De esta manera, el manejo emocional no solo era un acto individual sino también un medio para promover relaciones sociales armónicas.

Asimismo, estas tradiciones enseñaban que las emociones negativas tenían un papel importante en el aprendizaje personal si se abordaban con sabiduría. La aceptación de sentimientos como el miedo o la ira permitía transformarlos en fuentes de autoconocimiento y crecimiento espiritual. La educación en este contexto no buscaba eliminar esas emociones sino integrarlas en un proceso de autorregulación consciente. La imitación de modelos ejemplares, como maestros o figuras divinas, ayudaba a los practicantes a internalizar principios de serenidad y autocontrol que podían aplicar en su vida cotidiana.

En síntesis, aunque hoy se habla de educación socioemocional como una innovación pedagógica moderna, sus fundamentos están profundamente arraigados en tradiciones antiguas que valoraban el cultivo de virtudes emocionales para lograr una vida plena y equilibrada. La tradición oriental del taoísmo ejemplifica cómo el manejo consciente de las emociones negativas puede contribuir a una existencia serena y armoniosa con uno mismo y con el entorno. Estas ideas siguen siendo relevantes hoy día, pues ofrecen perspectivas valiosas sobre cómo integrar las emociones en procesos

educativos orientados al bienestar integral del individuo. En tal sentido, Goleman y Senge (2016) plantean que:

La tendencia hoy en día, es favorecer el desarrollo de habilidades socioemocionales tanto en estudiantes como en los docentes, en un proceso horizontal de alfabetización emocional que mejore la interacción maestro-alumno, dada la influencia que tienen las actuaciones del profesorado y las relaciones interpersonales en el aula en el desarrollo emocional y social de los alumnos (p. 341).

La interacción entre maestro y alumno adquiere una relevancia fundamental en este contexto, ya que las actuaciones del profesorado influyen directamente en el bienestar emocional de los estudiantes. Cuando los docentes desarrollan habilidades socioemocionales, pueden crear un clima escolar más positivo, favoreciendo la confianza, la motivación y la participación activa. Además, su ejemplo y apoyo emocional ayudan a los alumnos a aprender a reconocer y expresar sus sentimientos de manera adecuada, lo cual impacta positivamente en su desarrollo social y emocional.

Las relaciones interpersonales en el aula son un elemento clave para potenciar el aprendizaje socioemocional. Un ambiente donde prevalece la empatía, la escucha activa y el respeto mutuo facilita que los estudiantes se sientan seguros para explorar sus emociones y aprender a regularse. La presencia de docentes emocionalmente competentes contribuye a reducir situaciones de conflicto o violencia escolar, promoviendo una convivencia basada en valores como la tolerancia y la cooperación. En

este sentido, las relaciones interpersonales dejan de ser solo un medio para transmitir conocimientos para convertirse en un espacio de crecimiento emocional conjunto.

Este proceso de alfabetización emocional también implica que los docentes sean formados en estrategias específicas para abordar las emociones en el aula. La capacitación en habilidades socioemocionales les permite identificar las necesidades emocionales de sus alumnos, ofrecerles apoyo adecuado y fomentar habilidades sociales esenciales para su vida personal y académica. Asimismo, al fortalecer su propia inteligencia emocional, los docentes pueden gestionar mejor sus propias respuestas ante situaciones estresantes o desafiantes, creando un efecto multiplicador en toda la comunidad educativa.

En conclusión, promover habilidades socioemocionales en ambos actores del proceso educativo representa una apuesta por mejorar no solo el rendimiento académico sino también la calidad de las relaciones humanas dentro del aula. La interacción maestro-alumno se ve enriquecida cuando ambos desarrollan competencias emocionales que facilitan una comunicación efectiva y una convivencia respetuosa. Este enfoque horizontal de alfabetización emocional contribuye a construir entornos escolares más inclusivos, seguros y propicios para el aprendizaje integral, donde las relaciones interpersonales actúan como catalizadores del desarrollo social y afectivo de los estudiantes.

Los procesos afectivos y emocionales constituyen, en conjunto, una pieza clave en la estructuración de los procesos que conducen al desarrollo infantil. Desde las

primeras experiencias sensoriomotoras, las respuestas afectivas organizan la atención, la curiosidad y la exploración del entorno. La regulación emocional primitiva emerge como base sobre la cual se apoyarán subsecuentemente las habilidades de relación, aprendizaje y afrontamiento. En este marco, las interacciones con cuidadores y pares tempranos se convierten en el primer campo de entrenamiento de la confianza, la seguridad y la expectativa de apoyo. Así, las experiencias afectivas tempranas delimitan rutas de procesamiento emocional que persisten a lo largo de la infancia. Este vínculo entre emoción y desarrollo no es estático, sino dinámico y bidireccional, moldeado por estímulos ambientales y por la respuesta del niño ante ellos.

La fase postnatal emerge como un periodo transitorio decisivo, en el que el niño inicia algo nuevo para su vida y se sitúa en la transición entre dependencias y comienzos de autonomía. Durante este periodo, la biología interactúa con el contexto social para configurar patrones de apego, anticipación y confianza en el mundo externo. La experiencia afectiva en este tramo temprano se traduce en esquemas de interacción que influyen en la disposición del niño para explorar, compartir y cooperar. La calidad de las calidades afectivas vividas en el cuidado primario y la consistencia de respuestas a sus señales son determinantes para la formación de una base de seguridad emocional. En este sentido, la fase postnatal no es solo un paso biológico, sino un proceso formativo con peso en la construcción de identidad.

En términos neuropsicológicos, las experiencias emocionales tempranas influyen en la arquitectura del sistema límbico y en la maduración de circuitos de regulación

emocional. Las respuestas afectivas repetidas ante estímulos sociales fortalecen conexiones sinápticas asociadas a la percepción de seguridad y a la tolerancia a la frustración. La interacción cuidador-niño facilita la sincronía afectiva, que nutre la capacidad de anticipar intenciones ajenas y de interpretar señales emocionales propias y ajenas. Este ensamblaje temprano condiciona la forma en que el niño regula y presenta emociones en situaciones posteriores, moderando conductas de búsqueda de consuelo o de exploración autónoma. En suma, la base afectivo-emocional del primer año moldea la trayectoria evolutiva de la personalidad.

La interacción entre afecto y aprendizaje en la etapa posnatal se manifiesta también en la capacidad de atención y en la regulación de la atención sostenida frente a estímulos relevantes. Un entorno emocionalmente estable facilita la concentración, la memorización y la curiosidad, mientras que un ambiente inseguro o inmanejable puede generar respuestas de evitación o hiperreactividad. En este marco, la relación entre cuidadores y bebé se convierte en una micro dinámica de aprendizaje afectivo: cada señal, cada respuesta, cada clima emocional transmite reglas para la interacción y la cooperación futura. Así, la calidad de estas primeras experiencias influye en las predisposiciones para establecer vínculos sociales más complejos más adelante. Este proceso de estructuración emocional es, por tanto, fundamental para el desarrollo cognitivo y social.

REFERENCIAS

- Álvarez, E. (2020). Socio-emotional education. From regulatory approach, to personal and social growth. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 11(20),
- Bisquerra, R. (2003). Educación Emocional y competencias básicas para la vida. *Revista de Investigación Educativa*, 21 (1), 7-43. Recuperado de: <https://revistas.um.es/rie/article/view/99071/94661>
- Bisquerra, R. y Pérez, N. (2007). Las competencias emocionales. *Educación XXI*, núm. 10, pp. 61-82. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70601005>
- Faas, A. (2018). *Psicología del desarrollo de la niñez*. Brujas.
- García, C. B (2018). Las habilidades socioemocionales, no cognitivas o “blandas”: aproximaciones a su evaluación. *Revista Digital Universitaria*, 19 (6), 1-17. Recuperado de: <http://www.revista.unam.mx/2018v19n6/habilidades-socioemocionales-no-cognitivas-o-blandas-aproximaciones-a-su-evaluacion/>
- Gardner, H. (1995). *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Barcelona: Paidós.
- Goleman, D. y Senge, P. (2016). *Triple Focus. Un nuevo acercamiento a la educación*. Trad. Joan Soler Chic. Barcelona: Ediciones B.
- Ruiz, M. N. (2017). *Movimientos Ciudadanos: Microfragmentaciones y Nuevas Configuraciones*. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, (9) 14. Recuperado de: http://sociologia-alas.org/wp-content/uploads/CyCL_13_V8_TR.pdf
- Santa Cruz, M.A. (2011). *Desafios da clínica contemporânea*. Conselho Regional de Psicologia de São Paulo (2011). *Medicalização de crianças e adolescentes: conflitos silenciados pela redução de questões sociais a doença de indivíduos*. São Paulo: Casa do Psicólogo, 17-25.
- Valle, A. (2024). Enfoques integralmente socioemocionales en educación inicial: diseño, implementación y evaluación de programas y recursos para niños de 4 a 5 años. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades*, Asunción, Paraguay.
- Vygotski, L. (1996a). *Teoría e método em psicología*. Sao Paulo: Martins Fontes.
- Vygotski. L. (1996b). *Obras escogidas*, vol. 4. Madrid: Visor